

que es toda una explicación oportuna y hasta cierto punto innecesaria de esos abruptos suyos que revuelven el agua tranquila y podrida del lago de la civilización.

No siempre el poeta habla por boca del protagonista en este libro maravilloso y esperanzador; también habla Celaya cuando intervienen el coro y el mensajero; como si nos descubriera las varias personalidades que en él tienen entabladas la lucha de la duda, del saber y el ignorar, para tratar de sorprender un rayo de luz entre el fragor del combate. Así exclama:

«No existe un más allá de este dominio.
Existimos nosotros, cotidianos,
y existe bajo un cielo indiferente
el mundo que inventándonos creamos.
Lo demás, inhumano, es un misterio.
Lo demás es vacío.
Lo demás es silencio».

Para terminar, en otro lugar, dando paso a la esperanza:

«Más todo lo logrado es solamente
el comienzo de un nuevo estilo humano».

Aquí se da cima a la tragedia en la sinceridad del poeta. Para terminar estas notas, se me vienen a las mientes unas citas de la revista «Espadaña» en sus números 32 y 24, de 1948 y 1946, respectivamente:

«Después de leer este libro («La soledad cerrada», Rafael Múgica, Colección Norte, San Sebastián), uno piensa por qué retorcidos caminos han llegado a la consideración más alta poetas de tan insignificante vuelo como tantos que hoy en España han impuesto su mercancía insignificante. Hay que pensar en el cúmulo de interesadas razones que impiden la proclamación de lo auténtico». Y:

«Frente a la esterilidad de la gente literaria, ocupada en la confección de pasteles exquisitos propios para el intercambio obsequioso y mútuo de los literatos profesionales, hay una vida, de la que nadie se preocupa, pero que, irremediablemente y por fortuna, vive más allá de los cenáculos para seguir haciendo la historia verdadera».

Desgraciadamente, ambas reflexiones siguen teniendo vigencia.



(Dibujo de Alfonso R. Jaubert.)

Gabino-Alejandro CARRIEDO.